

La lectura del texto es fluida y el estilo es elegante y claro. El autor logró equilibrar muy bien lo particular (todas las anécdotas son interesantes y algunas excepcionales) con lo general; las trayectorias de vida con la discusión sobre principios. El alcance del libro es mayor para quienes estén familiarizados un poco con la vida política y cultural de Francia. La única objeción que le haríamos es la laxitud del concepto "izquierda". En otras familias políticas hay también individuos preocupados por la justicia social y la erradicación de la desigualdad pero que no comulgan con los métodos, viejos y nuevos, de la izquierda política. Habría sido interesante presentar algunos casos de disidentes de la oligarquía que tomaron otros senderos de acción política.

FÉLIX G. MOSTAJO

Rubén Aguilar V. y Jorge G. Castañeda, *La diferencia. Radiografía de un sexenio*, México, Grijalbo, 2007, 389 pp.

Los balances de gobierno suelen venir de la crítica y de la academia; en esta ocasión se trata de un libro que no es propiamente un balance, sino el análisis de algunos de los principales conflictos que se dieron durante el sexenio de Vicente Fox, 2000-2006. Los dos autores desempeñaron altos cargos dentro de ese gobierno (el primer canciller y el último de los voceros).

*La diferencia* es un libro escrito con el objetivo de presentar, en nueve capítulos, la forma en la que se procesaban las decisiones en ese gobierno, supuestamente sin tomar partido, y mediante la exposición de las diversas interpretaciones. Sin embargo, el juicio de los lectores puede ser diferente del de los autores, porque, sin duda, hay tomas de posición, a veces veladas y otras de forma abierta. También hay un juego complicado entre la distancia y la cercanía del objeto de estudio, que lleva muchas veces a los dos autores a una ambigüedad entre el elogio y la crítica.

*La diferencia* no es un panfleto de alabanza a un gobierno, pero tampoco es una obra académica que se haya elaborado con los instrumentos de la investigación. Es un producto intermedio, ente el análisis político y el periodismo, basado en información de encuestas y entrevistas, y, al mismo tiempo, estructurado desde la óptica de los dos autores-participantes. Hay en el libro abiertas tomas de posición y críticas a otros actores de ese gobierno.

Quizá lo que más llame la atención del libro sea la recuperación de piezas con las que se puede reconstruir algunos de los principales resortes de ese sexenio. Al final, uno se queda con la sensación de que *La diferencia* es sólo una ilusión, un discurso de mercadotecnia. La mirada interna y casera de los autores se ve complementada con los datos que daban cotidiana-

mente el resultado de las encuestas de opinión de la presidencia. Si tomamos esos hilos podemos entender lo que ya se sabe: las razones por las que terminó el sexenio foxista con un grave conflicto político y una amplia polarización social.

*La diferencia* va de un conflicto a otro, para concluir que hay datos duros en dos sentidos: uno, el de los fracasos de un presidente que no supo, otras veces no quiso y alguna más no pudo implementar sus principales proyectos. Y otro, el de la intencionalidad de un gobernante que usó los instrumentos de la presidencia de la república para alterar las frágiles condiciones de la democracia mexicana y provocar un enorme conflicto político. Tenemos un recuento de fracasos y estrategias.

Del fracaso de la ley indígena al fracaso del aeropuerto; de los enfrentamientos en política exterior con Cuba a lo que representó un conflicto con Estados Unidos por la posición de México ante la guerra en Iraq; de los dos intentos fallidos de reforma fiscal y las alianzas con el priismo al expediente del desafuero de López Obrador y la cuestionable actuación de Fox a este respecto y en las elecciones presidenciales de 2006. Se trata de lo que los autores llaman las “decisiones o coyunturas más críticas del gobierno de Fox” (p. 13).

En *La diferencia* se pueden entrelazar algunos momentos que definen su carácter y que establecemos a continuación en ocho puntos:

1) En el capítulo inicial se explica la conformación del gabinete, en un desarrollo demasiado extenso, con muchos detalles. Ahí quedan decisiones importantes, como la incidencia de ciertos grupos empresariales en espacios como los de la cultura y la ciencia, con lo que se perdieron posibilidades; otras en las que se establecieron alianzas perversas, como la que se hizo con Elba Esther Gordillo. Uno de los elementos que más consecuencias negativas tuvo fue el estilo de Fox, de dejar hacer y dejar pasar (lo que se conoció como el gabinete Montessori), que complicó terriblemente la operación del gobierno federal. Dicen los autores: “Fox no se metía, no llamaba al orden, no explicitaba sus molestias o incomodidades” (p. 119).

2) La ley sobre cultura y derechos de los pueblos indígenas fue el primer ejemplo de la falta de experiencia de un presidente sin capacidad para operar con el Poder Legislativo. El resultado de esta iniciativa dejó fuera el tema más importante, el de la autonomía. Los que sí operaron de forma intensa fueron los legisladores del PAN y del PRI que, desde una visión conservadora, consiguieron un resultado diferente del que supuestamente quería Fox. El presidente no hizo su tarea de convencer a los legisladores, simplemente dejó la iniciativa en el Senado.

3) En otro caso sucedió algo similar, pero con un tema que sí le interesaba realmente a Fox, la reforma fiscal. En dos ocasiones y con dos legisla-

turas, se hizo el intento de una reforma que puso por delante el impuesto al valor agregado (IVA) de forma generalizada, es decir, aplicable a alimentos y medicinas, y en las dos ocasiones se fracasó. En la segunda, la situación fue más complicada porque la alianza abierta de Fox con Elba Esther Gordillo provocó una ruptura en el PRI. Según los autores, en el segundo intento Fox sí hizo la tarea de operación política, pero al parecer no le alcanzó el esfuerzo.

4) Una de las partes que mejor ilustra la decepción con el foxismo es la que corresponde a la conclusión de los autores sobre el aeropuerto; el siguiente párrafo habla por sí mismo: “la responsabilidad del fracaso reside en el sistema político mexicano [...] Después del 2000, el aparato de Estado permaneció intacto en lo esencial; cambiaron las cabezas, mas no los peldaños inferiores, ni las costumbres, ni la manera de ver y hacer las cosas [...] Quizá la mayor lección de Atenco reside aquí: Fox –y todo indica que Calderón también– prefirieron abstenerse del intento de dotar al país de las instituciones que necesita, limitándose al *bricolage* o la microtálacha casera; la inercia, el temor a hacer olas, el exiguo margen de maniobra, todo aquello que ha conducido al país a la parálisis en materia de grandes ambiciones” (pp. 237-238). En este sentido, más que *La diferencia*, quizá tenga sentido establecer la tesis opuesta, la de la continuidad.

5) Quedará para la memoria el conflicto entre Fox y Fidel Castro, el famoso “comes y te vas”, cuyas palabras, en boca del presidente mexicano, fueron éstas: “Me acompañas a la comida y de ahí te regresas” (p. 195). Este penoso episodio da cuenta de la ingenuidad con la que muchas veces actuaba Fox. En el fondo de este litigio estuvo la insistencia de México en votar en Ginebra contra Cuba por la violación de derechos humanos. Esta política exterior de México tendría que haber sido validada con un cambio radical interno en la materia, cosa que no sucedió; simplemente, con los episodios de Ateneo y Oaxaca, muchos países hubieran podido votar contra México también por su falta de respeto a los derechos humanos.

6) Otra parte clave del libro tiene que ver con la relación entre Fox y López Obrador, con las consecuencias que tuvo la política foxista tanto en el capítulo del desafuero, como en el de las elecciones de 2006. Sin embargo, es en el capítulo “Hussein, Bush y Fox” en donde viene un párrafo que es fundamental para este tema y que también habla por sí mismo: “A partir de 2003, y sobre todo después del auge de popularidad de López Obrador, todo se veía sometido a consideraciones electorales. Fox decidió que el peor juicio que la historia podría emitir a su respecto sobrevendría en caso de devolverle el poder al PRI o, pero aún, dárselo a López Obrador. De un modo u otro –y obviamente para muchos todo está en el modo– logró su propósito: reconducir al PAN a Los Pinos. No con su candidato preferido; no

por el margen idóneo; no sin excederse en presiones, expresiones y transgresiones, pero al final del día, con éxito” (p. 276). Transgredir, eso fue lo que hizo Fox para conservar a su partido en el poder. Lo dicen los autores, y lo piensan muchos ciudadanos, y así lo estableció el propio Tribunal Electoral, a pesar de su barroca redacción. Habrá que ver si el juicio histórico es tan benevolente como el de los autores sobre el “éxito” de Fox.

7) El capítulo sobre el desafuero señala lo que todos vimos en 2005, que se había hecho un uso político de un caso jurídico y que al desenlace se llegó exclusivamente bajo criterios políticos, a pesar de que todos los funcionarios y legisladores panistas quisieron vendernos la idea de que se trataba de una severa violación al Estado de derecho. La estrategia foxista era, supuestamente, no inhabilitar al Peje y que pudiera contender en el 2006, pero sí debilitarlo y presentarlo como alguien que había violado la ley. En suma, un manoseo político de principio a fin. Es en este capítulo donde más se cargan las tintas ideológicas de los autores, a juzgar por sus adjetivos, por ejemplo en afirmaciones como la de que López Obrador quedó marcado después del desafuero como un político “conflictivo, violento e intransigente”. Si así hubiera sido, resulta difícil entender cómo logró obtener casi 15 millones de votos en 2006.

8) En la parte de la elección del 2006 se discute un tema importante: ¿cuál debe ser la actuación de un presidente en tiempos electorales cuando supuestamente no quiere repetir el esquema político de los presidentes del PRI? Para ello los autores hacen una diferencia entre “dar dinero y dar discursos”, como si se pudieran separar, como si los mensajes de un presidente no tuvieran centralidad mediática, o como si los *spots* de la presidencia no representaran un costo económico millonario. Pero hasta el mismo Tribunal Electoral estableció que Fox puso en riesgo la elección, a pesar de que no se atrevió a invalidarla. Los autores conjeturan que esto no es comprobable porque se inscribe en el mundo de la especulación. ¿Hubiera ganado Calderón sin el apoyo de Fox?, se preguntan. Y responden: “es posible que sin Fox no hubiera ganado”. Y más adelante se formulan otra pregunta que muestra el talante poco democrático de la estrategia con la que muchos antilopezobradoristas están de acuerdo: “¿Qué preferimos: la polarización provocada por Fox o la victoria del Peje? Todo indica, en efecto, que era lo uno o lo otro” (p. 368). Una tercera vía no era transitable para los panistas que se dicen demócratas, o los pragmáticos del poder: respetar la legalidad y no manipular el tablero de la campaña con los instrumentos del poder presidencial, era una vía que hoy, paradójicamente, suena utópica.

En México la experiencia del panismo en el gobierno ha producido una suerte de “espejismo democrático” (Lorenzo Meyer *dixit*), en donde predomina una inercia y las oportunidades de consolidar el sistema se han desper-

diciado. En suma, el problema de la continuidad política, de los saltos para atrás, hace que el país se rezague no sólo en materia democrática, sino en cuanto a competitividad económica, desarrollo científico, transparencia, como lo muestran informes internacionales en todos esos campos. Por ejemplo, en el renglón educativo México ocupa el lugar 49 de 57 países que midió y evaluó la OCDE.

*La diferencia* termina cancelada entre los ejes dominantes de un sexenio que se caracterizó por una serie de proyectos que fracasaron y por transgresiones en que se incurrió para conservar el poder, lo cual ha dejado un saldo de polarización, una dinámica en la que el país sigue encuerdado.

ALBERTO AZIZ NASSIF